

Mi emigrante: Francisco Sánchez Tamame

Annia Marichal

– Mención especial –

Esta es la historia de mi bisabuelo, a quien tuve el honor de conocer durante mis primeros trece años de vida. Puedo decir que, coincidentemente, los más felices. Abuelo Francisco, como lo llamamos siempre cariñosamente todos sus nietos y bisnietos, era corpulento, medía más de seis pies¹ de estatura y era bien parecido, aún en sus noventa años. Para nosotros los niños era una especie de roble a cuya sombra se podía estar a gusto. Era un hombre imponente y a la vez humilde, dos cualidades que rara vez se combinan. Sé que suena ambicioso decir que toda su vida se puede plasmar en estas páginas, pero voy a intentar contar su historia.

Francisco Sánchez Tamame nació el 25 de enero de 1894, en Alfaraz de Sayago, provincia de Zamora, España. Su padre se llamaba Ángel Sánchez y era el carpintero de aquel pequeño pueblo de unos 500 habitantes. Era natural de Ledesma, una villa de la provincia de Salamanca, y aunque no había estudiado ninguna carrera tenía bastante cultura. Pasó su toda su juventud ejerciendo el oficio de sus antepasados. Su madre, Ana Tamame, natural de Zamora, era hija de una familia de trabajadores del campo. Ella también pasó su juventud en Salamanca, donde conoció a Ángel. Tuvieron cuatro hijos. Francisco era el más pequeño de aquel humilde pero muy feliz hogar, y tan pronto cumplió los cinco años de edad comenzó a asistir a la escuela.

El maestro era muy exigente con los niños, pero como veía que Francisco se esforzaba por aprender se esmeró con él. En una ocasión, el maestro demoró más de lo usual en llegar a clase y todos los alumnos acordaron ir al campo en busca de nidos. Francisco pidió permiso a su padre, y dándole éste, fue con sus amigos. El maestro llegó muy retrasado y se llevó una gran sorpresa

¹ 1,82 metros. (N.E.)

al no encontrar ningún niño en el aula. Decidió dar un buen escarmiento, pues era muy severo. Los encontró a todos en el campo, los puso en fila y tomó a Francisco, que era su discípulo preferido y el más aplicado, fuertemente del brazo, lo golpeó tanto que él, dolorido y asustado, corrió en busca de su padre. La reacción de este último fue violenta y fue al encuentro del maestro para hacerle pagar por la injusticia cometida. Los vecinos, y hasta el alcalde, tuvieron que intervenir en la pelea. Después de haberse calmado, el maestro reconoció su error y pidió disculpas al padre de Francisco, quien lo abrazó y perdonó. Después de aquel trágico día, el maestro lo quiso mucho más y se esmeró en su enseñanza.

Francisco no tuvo tiempo para jugar como hacían otros niños. Cuando terminaba en la escuela, iba a ayudar a su padre en el taller, aprendiendo el oficio de carpintero, que amó desde pequeño. Al cumplir los doce años, su padre decidió mudarse a una comarca llamada Almeida de Sayago², y Francisco tuvo que abandonar los estudios para dedicarse a tiempo completo al trabajo en el taller, a pesar de las insistencias de su maestro, que le auguraba un futuro promisorio en las matemáticas.

El cambio fue radical. No conocía a nadie y pasaba todo el día trabajando. No tenía amigos con quien salir. Al poco tiempo de estar en Almeida fue de visita a su casa el maestro del pueblo, y después de conversar con el niño y hacerle algunas preguntas, le dijo a su padre que era una verdadera lástima que no continuara los estudios, pues en aritmética sabía más que él y resolvía todos los problemas con rapidez. Entonces un amigo del maestro, que era hombre erudito y dudó que esto fuera cierto, decidió hacer una apuesta de medio cántaro de vino a que el niño no podría resolver el siguiente problema:

– “Un comerciante fue a una feria y compró, con cien duros, cien cabezas de ganado, vacas, carneros y ovejas. Las vacas las compró a cinco duros,



La casa de Almeida.

² No es comarca, sino localidad con ayuntamiento de la provincia de Zamora, en la comarca de Sayago, próxima al límite provincial con Salamanca. (N.E.)

los carneros los compró a un duro y las ovejas las compró a cinco centavos (sic) de duro cada una. ¿Cuántos animales de cada especie compró?”

Francisco encontró las cantidades correspondientes a cada especie que eran:

19 vacas a cinco duros.....	95.00
1 carnero a un duro.....	1.00
80 ovejas a cinco centavos (sic)	4.00
100 animales, igual a.....	100.00 duros

El que había perdido la apuesta fue el primero en abrazarlo, y la alegría fue tan grande que todos los que allí estaban se hartaron de vino, pues su padre y el maestro pagaron otro medio cántaro cada uno.

Francisco tardó mucho tiempo en relacionarse con los jóvenes de su edad, pues era de alta estatura, y cuando tenía trece años parecía que tenía dieciséis. Iba a casa de los clientes de su padre y a todos les agradaba, pues hacía el trabajo de manera que los complacía y satisfacía. De esta manera, se relacionó con los hijos de estas familias en las que había jóvenes de ambos sexos. Así comenzó su juventud en aquel pueblo, donde transcurrieron los mejores años de aquella etapa. Se divertía y no tenía preocupaciones, a pesar de que su padre no le daba nada de lo que cobraba por su trabajo. No pedía a sus padres de ese dinero. Ellos le daban ropa, comida y cuanto necesitaba. Sus hermanos estaban celosos de él, porque siendo ellos mayores no gozaban de muchos de los privilegios de su hermano menor.

El tiempo fue pasando. Ya tenía diecisiete años y asistía a todas las fiestas, bailes y reuniones; estaba bien relacionado con la juventud del pueblo. Cuando las fiestas terminaban, acompañaba a casa a alguna joven. No tenía novia, pero se había enamorado de la hija de una de las familias más ricas del pueblo. En aquella época se prestaba mucha atención a la posición económica de los pretendientes, y él nunca se atrevió a confesarle su amor. Eso le hizo pensar en ir a América y, cuando tuviera el capital, volver y casarse con ella. Creía en sus sueños de juventud que en América se ganaba el dinero fácilmente.

Desde que Francisco tomó aquella decisión comenzaron las dificultades. Sus padres se disgustaron mucho y le negaron el permiso. Le dijeron que primero tenía que ser mayor de edad y terminar el servicio militar. Él les suplicó durante más de un año hasta que su padre finalmente accedió, temiendo por su vida, pues la guerra de Marruecos estaba causando muchas bajas a los españoles. La víspera de la partida fue a despedirse de varias familias amigas, entre ellas de la de Martina, así se llamaba la muchacha de la cual se había enamorado. Al salir de su casa, ella lo acompañó alguna distancia, y fue grande la emoción de Francisco al ver que brotaban lágrimas de los ojos de

la muchacha. Martina también se había enamorado de él. Lo besó y le pidió que le escribiera, prometiendo hacerlo ella. Y así se despidieron, sin saber que nunca más volverían a verse. La despedida de sus padres y hermanos fue algo terrible. Abrazó y besó a toda su familia. Su padre lloraba y su madre lo abrazaba, llorando también. Se hubiera arrepentido de marcharse. Si aquella escena hubiera durado unos minutos más, pero el carro de Zamora aguardaba con otros dos jóvenes que también se marchaban y no podían esperar. Así de triste fue la partida.

Partieron en la madrugada. Eran cinco personas; los tres que iban para Cuba, el que guiaba el carromato y su ayudante. Llegaron a Zamora a las tres de la tarde. El carretero los dejó en la estación de ferrocarril. Francisco era el que los guiaba, pues estaba más acostumbrado a tratar con personas desconocidas. Los otros dos eran campesinos y casi no sabían leer ni escribir. Preguntaron a que hora salía el tren para Vigo, y les respondieron que no había tren directo, y que debían hacer un cambio en Astorga y otro en Monforte. Después de muchos tropiezos y vacilaciones, llegaron a Vigo. En tres días les resolvieron todos los documentos de viaje, y zarparon para La Habana el 15 de octubre de 1911 en el Vapor Bavaria, de la Compañía Alemana. En aquella época daba pena la manera en que trataban a los pasajeros que viajaban en tercera clase. No había camarotes ni para la mitad, la comida la servían en calderos para siete personas y no había mesas. Le daban a cada persona un plato, una cuchara de lata y nada más. En el barco aumentaba el hambre y la desesperación. Sobrevivieron a las enfermedades gracias a los alimentos que sus madres les prepararon para el viaje. Por fin, después de catorce días de martirio, llegaron a La Habana.

Tan pronto el barco atracó en medio de la bahía, llegaron las autoridades de inmigración. Les habían dicho que todo aquel que tuviera documentos de desembarque y alguna persona que lo reclamase o treinta pesos, saldría para La Habana; de lo contrario iría para Tricornia. Ellos se asustaron pues no tenían ningún familiar ni los treinta pesos, y además no sabían lo que era Tricornia. Entonces reunieron los treinta pesos entre los tres. Con el dinero en la mano, Francisco se presentó ante los delegados de las autoridades. Le hicieron varias preguntas: si tenía algún familiar y él contestó que no; si tenía oficio y dijo que sí; si tenía dinero para pasar los primeros días mientras encontraba trabajo y les mostró los treinta pesos. Le pusieron el cuño de entrada a La Habana. Le entregó el dinero al segundo compañero y le dijo lo que tenía que contestar. El muchacho se presentó, contestó bien las preguntas y también salió para La Habana. Le entregaron el dinero al tercero, que era el mayor de los tres pero también el menos osado. A pesar de las instrucciones que le dieron se acordó y se puso nervioso, y lo mandaron para Tricornia.

Al desembarcar fueron a parar a una fonda y posada llamada La Paloma, situada en la calle Villa Clara, cerca de los muelles. Era un hospedaje bastante económico, pero el dinero que tenían no alcanzaba para más de dos o tres días. Los compañeros de viaje determinaron irse a vivir con un señor que tenía un cañaveral, cerca del pueblo de Rodas, en Las Villas. Francisco y ellos no se vieron nunca más en Cuba. Transcurrieron treinta y ocho años, y al dar (sic) su primer viaje a España se reencontraron. Supo entonces que no estuvieron ni un año en Cuba; se fueron enseguida.

Al quedarse solo, mi bisabuelo no tenía dinero para más de tres días. Fue a ver a un hombre que hacía tres años que vivía en Cuba. Su esposa le había entregado en España un encargo para él. Era un zapatero de unos sesenta años, pero como ya tenía cierta edad, no consiguió trabajo en ninguna zapatería, por lo que se ganaba la vida como zapatero remendón. Francisco le contó su situación, y él le dijo que podía vivir en su cuarto hasta que encontrara trabajo. Al día siguiente, bastante angustiado, el muchacho salió a recorrer las calles en busca de empleo sin apenas conocer la ciudad, con la esperanza de encontrar algún taller. Temía alejarse demasiado y perderse. Recorrió todas las calles próximas y no encontró ninguno. El cuarto donde vivía estaba en la calle Sol, nº 125, casi esquina a Egido. Llegó en la noche, muy cansado, pensando que no tenía dinero ni para comer al día siguiente. Andrés, que era el nombre de su benefactor, le aconsejó que tomara cualquier otro empleo. Esto entristeció mucho a Francisco, que estaba enamorado de su oficio y no quería dejarlo.

Al día siguiente salió dispuesto a conseguir trabajo de cualquier manera y como fuera. Después de mucho recorrer, encontró un taller en la calle O' Reilly, nº 16, casi esquina a San Ignacio. Pidió trabajo. El dueño era un español, su nombre era Manuel Pérez. Miró al muchacho de arriba abajo, y le preguntó si sabía trabajar y cuándo había llegado. Después de recibir respuesta

le dijo que se presentara la mañana siguiente a primera hora. Francisco no cabía en sí de alegría. Trabajó los cuatro días restantes de esa semana, pero el dueño no le pagó al llegar el sábado, pues tenía la costumbre de pagar cada quince días. A Francisco le faltó poco para llorar. El sábado siguiente, el dueño le dio cinco pesos y le dijo que ya ganaba tres



Francisco se reencuentra en España, después de muchos años, con sus compañeros de viaje.

pesos a la semana. Aquello no alcanzaba para comer ni en la fonda más barata. Se fue de aquel taller.

El lunes siguiente salió decidido a no regresar sin encontrar otro empleo. Encontró otros talleres en la calle Vives, pero en ninguno necesitaban más personal. Llegada la noche, extenuado, halló un taller en Estrella n° 6. Había otros jóvenes allí, también recién llegados de España. El dueño, que se llamaba Pedro Lorigado, era gallego. Lo contrató enseguida y lo colocó de aprendiz, mas cuando vio que el muchacho sabía trabajar lo nombró operario. Como era natural, Francisco se esforzaba. Llegó el sábado, y este, al igual que el otro dueño, tenía costumbre de pagar la quincena. Pasaron las dos primeras semanas y le pagó su primer salario. A pesar de que Francisco trabajaba y rendía más que los aprendices, recibió cuatro pesos al igual que los otros. El le dijo que no era justo, y el dueño le contestó que se fuera si no le convenía. Francisco decidió que no trabajaría bajo aquellas condiciones.

Se desvelaba de hambre durante las noches. Soñaba con aquel amor imposible. Escribía a sus padres y a Martina, y en sus cartas decía que le iba muy bien, que ganaba mucho dinero y que pronto regresaría.

No habían transcurrido tres meses y sus ilusiones estaban perdidas. Aun así seguía aferrado a su oficio. Andrés seguía aconsejándole que buscara otra cosa. Él mismo conocía a alguien en la droguería Sarra que ofrecía 15 pesos al mes, comida y un techo por cargar paquetes y limpiar el lugar. Francisco decidió aceptar el empleo. El día primero del siguiente mes llegó a la puerta de la farmacia, y sin saber por qué, guiado por un impulso desconocido, siguió caminando por la calle Teniente Rey hacia el mar, encontrando un taller muy pequeño. Pidió empleo allí y le dijeron que podían pagarle quince días de trabajo a un peso y veinticinco centavos.

Así transcurrió su primer año en La Habana, ganando sólo para cubrir las necesidades más elementales. Recorrió muchos talleres y en todos existían las mismas condiciones de explotación para los emigrantes recién llegados. No había podido tan siquiera devolver el dinero que le habían dado sus padres para emprender el viaje, y mucho menos todo lo que prometió enviarles. Se rehusó a escribir a España, pues no quería mentir, ni tampoco contarles su desesperada situación económica.

Después de mucho peregrinar, llegó hasta los grandes talleres de la calle Gancedo en busca de trabajo. En unos de ellos se entrevistó con el dueño, un señor llamado Juan Mesa, quien le preguntó si tenía herramientas. El le contestó que no y entonces el dueño le dijo que no importaba, que él le prestaría las suyas. Al día siguiente Francisco llegó muy temprano y enseguida Juan Mesa se dio cuenta de que sabía trabajar. No solamente le prestó sus herramientas, también fue el más justo y honrado de todos los encargados de

los muchos talleres que Francisco recorrió. El primer sábado le pagaron diez pesos y cincuenta centavos; si hubiera tenido herramientas propias le hubieran pagado más. Aquello hizo que Francisco recobrara la confianza en sí mismo y se sintiera recompensado por su perseverancia y decisión en no abandonar su oficio.

Por aquellos días se estaba terminando, en donde hoy está la Manzana de Gómez, un teatro de madera que se llamaba el Politeama Chico. Cuando terminaron, Francisco regresó al taller, y observó que el dueño y otro hombre no podían calcular el importe del trabajo realizado en el teatro. Como él estaba muy cerca, se le ocurrió decirles que podía hacer los cálculos. Le preguntaron si sabía y, como respondió afirmativamente, le entregaron los planos y Francisco hizo la liquidación que ellos presentaron. No le dijeron nada más. El sábado siguiente, cuando fue a cobrar, encontró en su sobre tres centenos de oro. El valor nominal de cada moneda era de cinco pesos; pero por ser oro, tenía una prima de treinta centavos. Fue a devolver el sobre, pensando que había sido un error. Entonces el encargado le dijo: “Sí, ese sobre es tuyo. Tienes más conocimientos y trabajas mejor que los otros operarios, por eso tu sueldo tiene que ser el más alto”. Desde ese día Francisco siempre tuvo trabajo. Cuando a ellos les escaseó, lo recomendaron a otro taller.

Por fin pudo, después de año y medio, enviar a sus padres las quinientas pesetas que le dieron para emprender el viaje a Cuba. También escribió a Martina, lleno de ilusión, y entonces supo que había ocurrido una desgracia: ella había muerto. Había desaparecido el sentido de su viaje y de todos sus esfuerzos. Sentía que tanto sacrificio había sido en vano. Sin embargo, Francisco no sabía que ya había conocido a la mujer que, tres años más tarde, sería su esposa.

A los dos meses de estar en Cuba, un señor llamado Matías Crespo que era sacristán de la Iglesia del Convento de las monjas Ursulinas, le pidió que fuera a Tricornia y buscara a su cuñado que había llegado con su hijo y su hija. Él mismo no podía ir y abandonar la Iglesia. Así fue como conoció a Josefa Vicente, aunque entonces no cruzó por su mente ningún pensamiento que no fuese hacer el favor al sacristán.

En aquel tiempo había en la calle Sol, al lado de donde él vivía, un establecimiento en el que se reunían los emigrantes de Almeida para recordar y conservar la memoria de aquel pueblo que tanto querían. Josefa también acudía a aquellas reuniones, y al terminar, Francisco la acompañaba hasta su casa. Así transcurrieron dos años. Fueron compenetrándose hasta convertirse en novios.

Fue creciendo el cariño entre ellos y surgió la idea del matrimonio. No pensaron en las dificultades que esta decisión crearía. El padre de ella no se

negó, al ver a los novios tan determinados, pero consideró que debían aplazar la boda. Por otra parte, Francisco era aún menor de edad y necesitaba el consentimiento de su padre. Le escribió enseguida y éste le contestó, negándose. Aquello lo colocó en una situación bastante difícil. Le contó su problema al cura de las monjas ursulinas y éste le dijo que no los podía casar; pero si conseguía dos testigos que juraran que lo conocían de niño y que ya había cumplido los veintiún años, se podía casar en otra parroquia. Consiguió los dos testigos, que le sirvieron por amistad, salvando así aquel obstáculo. Mientras todo esto se resolvía, transcurrieron dos meses, que Francisco aprovechó para hacer horas extras en el taller, pues hacía falta dinero para tener un hogar, por muy humilde que fuese. El taller en el que trabajaba estaba construyendo una casa en Caibarién, y debía ir allá un carpintero a colocar todas las puertas. Pidió al encargado que lo enviase a él y éste lo complació. Ajustó el trabajo en ciento cincuenta pesos, más los gastos del viaje y el hotel. Así fue que esos días no durmió, trabajó a todas horas y pudo reunir el dinero para resolver los gastos necesarios hasta el día de la boda.

En esas condiciones, Francisco Sánchez y Josefa Vicente contrajeron matrimonio el día 10 de octubre de 1914, en la Iglesia de San Salvador del Cerro, La Habana.

Antes de hacer referencia a la larga vida de casados de mis bisabuelos, quiero hacer una pequeña descripción de Josefa. Su nombre completo era Josefa Vicente Crespo y nació el 5 de febrero de 1891, en el pueblo Almeida de Sayago. No había escuela en las inmediaciones de su casa; por ese motivo nunca pudo ir a la escuela. Sólo aprendió a leer lo poco que su padre le enseñó. Tenía, en cambio, una gran inteligencia natural. Era muy limpia, hacendosa y una excelente esposa. Tenía un gran don para administrar la economía del

hogar y se cuidaba de gastar lo menos posible. Después de su casamiento eran muy felices y sólo pensaban en su bienestar. Los dos eran socios del Centro Castellano desde que llegaron a Cuba. Asistían a las veladas y fiestas que esta sociedad daba; iban al teatro o al cine. Estas fueron sus diversiones durante varios años. Para colmar aquella felicidad, el 21 de febrero de 1915 nació su primer hijo, Mariano. Aquel acontecimiento les hizo pensar en el futuro, y sirvió de acicate para luchar. Eran jóvenes y vendrían más hijos, y con aquel jornal no podrían llevar una vida cómoda. Después de un minucioso examen



Francisco y Josefa.



Carné de Francisco del Centro Castellano.

de todos sus ahorros, sólo contaban con trescientos pesos. Con tan poco dinero no se podía pensar en emprender empresa alguna, pero Francisco estaba determinado a hacer cualquier cosa. Habló con varios compañeros del trabajo. Todos tenían miedo; no querían arriesgarse a fracasar. Temían perder el trabajo por algo incierto.

Tras haber llevado a cabo muchas gestiones, pudo convencer a otro carpintero como él, de nombre Francisco García, natural de Canarias. Tenía muy poca instrucción, escasamente sabía leer y escribir. Después de haberse puesto de acuerdo, con aquellos trescientos pesos y otros trescientos pesos de su amigo, y antes de abandonar el trabajo en el taller donde ambos trabajaban, trataron de conseguir un local donde empezar.

García tenía un pariente, el Sr. Jarro, que era propietario de un terreno abandonado. El Sr. Jarro les ofreció aquel terreno y les dijo que lo cercaran, hicieran un techo y trabajaran allí. Aquel ofrecimiento les pareció magnífico, pues no tendrían que pagar alquiler. Bien caro que esto les saldría después.

Con mucho esfuerzo y entusiasmo, aquel terreno abandonado se convirtió en menos de quince días en un magnífico taller de carpintería, bien cercado y con una hermosa nave en el centro. Habían conseguido un contrato para la carpintería de varias casas. La gran industria Maderas Gancedo les había concedido un crédito, así como la ferretería La Principal de Trueba. Todo marchaba estupendamente, y parecía indicar que iban a tener pronto una gran industria.

Así transcurrieron los primeros meses. Terminaron los primeros trabajos y contrataron otros. Todas las ganancias se destinaban a invertir en madera y otros materiales. Y entonces, cuando todo parecía demasiado bueno para ser cierto, comenzaron los problemas. Aquel hombre que les había prestado el terreno y que se mostró tan desinteresado, se presentó y les dijo que tenían que dejarle el local, pues lo necesitaba para poner allí un negocio de mulas. A Francisco aquello le pareció incorrecto y así se lo hizo saber. Habían invertido allí todo el dinero que tenían y no podían marcharse sin más ni más. Fue en vano. El Sr. Jarro no entraba en razones e insistía en que aquello era suyo y

tenían que desalojar el lugar. Ante tanta intransigencia, ambos socios contestaron que no se marcharían y que se defenderían ante los tribunales.

Dos meses más tarde, ellos pensaron que el Sr. Jarro los demandaría por desahucio; pero no fue así. El sujeto había consultado un abogado, que le dijo que les costaría trabajo desalojarlos, pues Sánchez y García tenían pruebas de que él les había concedido el terreno. Tenían además licencia del Ayuntamiento y todos los papeles en regla. Si el Sr. Jarro se decidía a expulsarlos, tendría que indemnizarlos ante la ley por todo lo que ellos habían invertido. Enterados de todo esto, mi bisabuelo y su socio se sintieron seguros. El trabajo iba en aumento y también los ingresos.

Pero el 4 de enero de 1916, a las tres de la mañana, se produjo un incendio en el taller. Arrasó con todo lo que tenían, los materiales y las herramientas, dejándolos en la miseria, porque todo lo habían invertido en el taller y en jornales, sin herramientas y empeñados en más de dos mil pesos, pues no tenían seguro contra incendio, cosa que el Sr. Jarro sabía. No tenían pruebas, pero sabían que el dueño del terreno les había quemado el taller.

Ante aquel desastre, muchos amigos se acercaron a darles aliento, los animaban a continuar; pero, ¿cómo? ¿con qué recursos? Pasaron aquellos primeros días de incertidumbre y era necesario tomar alguna medida lo antes posible. Francisco decidió que debía ir a ver al Sr. Enrique Gancedo, que era el dueño de la maderera a la cual debían más de mil pesos. Le contó lo que había sucedido, y le dijo que si seguía dándoles madera para trabajar ellos podrían pagarle. De lo contrario, tendrían que regresar a trabajar al jornal, y entonces no podrían hacerla. Aquel hombre, poniéndole la mano en el hombro, le respondió: “Muchacho, pide la madera que necesites para terminar los trabajos que tienes ajustados. Esta madera me la pagas cuando cobres; la que estás debiendo me la pagarás más adelante”. El dueño de la ferretería, a quien también debían una importante suma, no esperó a que Francisco fuese a verlo. Se presentó en su casa y le dijo: “Tomen las herramientas y los herrajes que necesiten. Ya me los irán pagando poco a poco”.

En aquel primer año de trabajo había ganada la confianza de aquellos que los conocían. Las alentadoras palabras de sus mayores acreedores les dieron ánimos, y con algún dinero que consiguieron prestado de algunos amigos, alquilaron un pequeño taller en la calle Jesús del Monte (actual calzada de 10 de octubre), cerca del puente de Agua Dulce, y así comenzaron nuevamente. Trabajaron de manera extraordinaria ambos socios; desde las siete de la mañana hasta las doce de la noche. Descansaban sólo para comer, bañarse y dormir unas horas. Y así, en poco más de seis meses, pudieron pagar todas las deudas que el fuego les produjo.

Ya libres de deudas, en la segunda mitad del año 1916, sucedieron dos acontecimientos que tuvieron gran importancia en la vida de Francisco. El primero, fue el nacimiento, el 27 de julio, de su hija Ana, que llegó para seguir alimentando la felicidad de aquella familia. El segundo, fue la venta de una pequeña mueblería que quedaba a tres puertas de su establecimiento. El dueño era un anciano llamado José María Fernández; quien, debido a su edad, no podía trabajar mucho, así que el negocio no iba bien. Como era natural, aquel señor no podía competir con dos muchachos jóvenes y puso su negocio en venta. El local que tenía era mayor y mejor. No tenía muchos muebles y debía valer unos cinco mil o seis mil pesos.

Ellos no tenían tanto dinero, pues otra vez todo estaba invertido y sólo ascendía a dos mil pesos. Decidieron hablar con aquel pobre anciano y le propusieron comprarle el negocio en cinco mil pesos, dándole al contado los primeros dos mil, y los otros restantes pagárselos en seis plazos de quinientos pesos cada uno, cada seis meses. Francisco fue a ver al dueño del Banco Córdoba, a quien él conocía por haberle construido varias casas de madera. Le explicó el negocio que quería hacer y el Sr. Córdoba le dijo que cerrara el trato, que él le prestaría los dos mil pesos.

Con esta promesa del banco cerraron el negocio y se mudaron enseguida. Pero entonces, ocho días después, para gran sorpresa de Francisco, cuando ya habían pasado el balance y debían firmar la escritura, su socio el Sr. García le dijo que no podían continuar trabajando en sociedad, que uno de los dos debía abandonarla. Aquella actitud le pareció extraña a Francisco. Entonces se dio cuenta de que detrás de todo esto estaba la mano del pariente de su socio, el Sr. Jarro, y lo pudo comprobar más tarde. El Sr. García le dijo que tenían ocho días para pensarlo. Los dos determinarían qué podían hacer.

A la mañana siguiente, Francisco fue a ver al Sr. Córdoba y le contó lo que ocurría. El dueño del banco le aseguró que si él se retiraba del negocio no les prestaría los dos mil pesos. Con esta promesa en firme, se dedicó a conseguir entre sus amigos mil pesos más. Cuando transcurrieron los ocho días, su socio no presentó ninguna propuesta. Francisco, sin embargo, le dijo que el socio que se marchase tenía que irse con mil pesos en efectivo; y el que se quedara tenía que pagar los dos mil pesos al antiguo dueño, más los mil pesos al que abandonara el negocio, y responsabilizarse además con los tres mil aplazados. Así le dio a escoger.

Al escuchar la proposición de Francisco, el Sr. García quedó boquiabierto. El creía que sería mi bisabuelo quien tendría que irse y aceptar lo que él le ofreciese. Fue a consultar el Banco de Córdoba y allí le dijeron que Francisco era quien tenía el crédito, no él. Después fue a ver a su pariente el Sr. Jarro que le había metido en aquel lío, pero cuando el sinvergüenza vio que tenía que dar

tres mil pesos y además su socio quedaba debiendo otros tres mil más, le dijo que no podía darle tanto dinero.

El disgusto que sufrió el Sr. García fue tan grande, que aún no se sabe si se enfermó o se hizo el enfermo, pero ingresó en la Quinta Canaria y estuvo allí durante una semana. Por su parte, el anciano Sr. Fernández estaba apurado por recibir sus dos mil pesos, y le propuso a Francisco poner la escritura a su nombre. Al día siguiente, el Sr. García salió del hospital y fue a ver a su pariente para tratar de convencerlo, pero no lo logró. Entonces acudió a Francisco, para pedirle que siguieran trabajando en sociedad, pero éste le contestó que ya conocía sus intenciones y no quería que lo volviera a sorprender en el futuro. Así terminó la sociedad Sánchez y García, y surgió la mueblería “La Villa María” de Francisco Sánchez Tamame.

La situación económica de Francisco aún era difícil, con seis mil pesos de deuda y sin ningún efectivo para hacerle frente a los compromisos adquiridos. Sólo podría vencer trabajando sin descanso, y así lo hizo. Fueron tres años de sacrificio y economizando en todo, excepto en la alimentación de la familia. Josefa se ocupaba de que los gastos de la casa fueran mínimos y temía por la salud de su esposo, que parecía que iba a enfermar de tanto trabajar.

Al transcurrir estos tres años de lucha sin tregua, todas las deudas estaban pagadas. Había contado con la ayuda del hermano de su esposa, Juan José Vicente Crespo, quien al enterarse de sus dificultades se unió al él sin condiciones y sin remuneración alguna, sólo para los gastos más indispensables. También contó con el apoyo del Sr. Córdoba, que le facilitaba las cantidades que necesitaba cuando no podía pagar los jornales o las compras que realizaba.

A partir de 1918, ya sin deudas, el progreso fue rápido. Se montaron las primeras máquinas en el taller y comenzó la importación de mercancía del extranjero. Se estableció la venta a toda la República, especialmente a las tiendas de ingenios. Francisco estableció, en combinación con el Banco Córdoba, un sistema de crédito a noventa días con letras de cambio. Esto fue un gran éxito, y al concluir el año 1920 el capital de la casa pasaba de noventa mil pesos. El crédito nacional e internacional era ilimitado. Había nacido Ángel, el tercer hijo, el 25 de agosto de 1919. Los padres de Josefa habían decidido irse a España definitivamente. Al enterarse los padres de Francisco, les pidieron que les enviaran a los dos hijos mayores para conocerlos, y al año siguiente fueron a buscarlos para poder abrazarse después de tanto tiempo. La idea de Francisco también la hicieron suya sus suegros. Aunque era muy dura la idea de separarse de los niños, no podían desairar a sus padres. En el mes de abril de 1920 zarparon para España sus dos hijos Mariano y Ana, acompañados de sus abuelos, pensando ellos que la separación sería sólo por un año. Pero la realidad fue muy distinta.



Artículo publicado en la revista “Centro Castellano de La Habana”, en el vigésimo aniversario de su fundación con publicidad de la fábrica de muebles de Francisco Sánchez Tamame.

Al poco tiempo de salir los niños para España se produjo en Cuba la crisis del azúcar. Se arruinaron muchos centrales azucareros, arrastrando en su caída a todos los bancos, tiendas de ingenios y casi todos los negocios del país. A consecuencia de esta crisis, todos los créditos concedidos por la casa a muchos comerciantes y a las tiendas de ingenio no pudieron pagar. Esos créditos ascendían a casi cien mil pesos. Nadie quería las mercancías y había que liquidarlas, perdiendo en muchos casos hasta el cincuenta por ciento de su valor. Fue dura la lucha que Francisco tuvo que librar. Los que le debían no le pagaban y él pagaba a todos. El crédito bancario con el que siempre había contado ya no existía. Todos los bancos habían quebrado.

A su vez, Josefa estaba en estado y se le presentó el parto. La criatura era demasiado grande y no podía salir. El niño murió en el claustro materno, y ella estaba completamente agotada y en muy malas condiciones después de una larga labor de parto. El médico trató desesperadamente de salvarla, pues la vida del niño ya estaba perdida. Logró sacar a la criatura pero Josefa contrajo una gran infección que la tuvo entre la vida y la muerte durante cuarenta días, al cabo de los cuales, el doctor dijo finalmente: “Ya está salvada”.

Cinco años duró la desesperada lucha por pagar a todos los acreedores, pero había perdido en ella todo el capital. Tendría que volver a empezar nue-

vamente. Una familia que venía de España les hizo el favor de traer a sus dos hijos, pues en aquellas condiciones no era posible ir a buscarles.

Una vez liquidadas todas las deudas, Francisco decidió que debía fabricar una casa para la familia. El 8 de noviembre de 1923 había nacido su hija Eduarda; tenían cuatro hijos y necesitaban más espacio. También era necesaria una nave para montar la fábrica de muebles. Todos conocían su honradez y la gran lucha que había sostenido, así que no le fue difícil que le concedieran el crédito necesario.

El negocio iba otra vez viento en popa y el 3 de abril de 1926, nació su quinta hija, Gloria. Todos los hijos de Francisco nacieron en la casa de salud de Santa Teresa de Jesús del Centro Castellano. Por esta razón, adquirió amistad con muchos directivos y empleados de la sociedad; y en las elecciones de este año fue electo Vocal de la Junta Directiva.

Pero la dicha dura poco en casa del pobre. El 20 de octubre de ese año sufre La Habana una de las mayores catástrofes de su historia. Un enorme ciclón azota la nación y su centro pasa por la misma ciudad. Los daños materiales fueron considerables; murieron cientos de personas. La fábrica que con tanto anhelo fue construida se derrumbó; y las máquinas, averiadas y destruidas. El 4 de junio les nace enfermo su hijo Francisco, quien después de estar grave durante cinco meses, fallece.

Después de tantas vicisitudes hubo que hipotecar la casa y la fábrica. El 27 de julio de 1927 se cerró la mueblería La Villa María que estaba en la calzada de Jesús del Monte, y se abrió La Nueva Villa María, en Belascoaín 462. Esta casa era más pequeña, pero aún así la economía apenas cubría los gastos. El 29 de agosto de 1928 nace Josefa, la hija más pequeña, también enferma como el anterior. Logran salvarla, después de mucho sufrir y batallar, de muchos esfuerzos y desvelos. Aquella enfermedad duró más de tres años.

Mi emigrante: Francisco Sánchez Tamame



Quinta Castellana. Inauguración del pabellón Inocencia Blanco.



Francisco es proclamado Presidente del Centro Castellano.

Llegó el año 1930 y Francisco fue nombrado Presidente de la Sección de Propaganda, desempeñando además la presidencia de todas las sesiones. Por otra parte, la situación económica y política del país se fue agravando debido a la resistencia del pueblo a la dictadura del General Machado. Los negocios estaban paralizados; la represión era violenta. Aquella lucha costó muchas vidas. Por fin, en agosto de 1933, tras una huelga general que duró varios días, el gobierno cayó. Machado y un gran número de sus colaboradores huyeron al extranjero.

En diciembre del año 1940, a instancias de varios amigos, Francisco fue proclamado presidente del Centro Castellano de La Habana, sociedad a la cual él venía prestando colaboración desde hacía muchos años. Este puesto representaba gran inversión de tiempo y dinero, que entonces no estaban muy abundantes.

En los primeros días del mes de enero de 1941, tomaba posesión del cargo en unión de toda la nueva junta directiva. La actuación de los dos primeros años fue muy activa. Todos sus miembros actuaban con entusiasmo. Se dotó de agua a la Quinta Castellana, mediante la construcción del pozo y la instalación de una bomba; se pavimentó la calzada; se reparó el hospital; se compró una ambulancia; mejoraron los servicios que se prestaban a los asociados y se trazó el proyecto de la construcción del pabellón para el cuidado de pacientes con enfermedades infecciosas.

Transcurrieron los dos primeros años de su mandato y se celebraron las nuevas elecciones. Fue proclamada nuevamente la junta directiva por dos años más. Comenzó la construcción del pabellón de infectados. Francisco ideó una emisión de bonos voluntarios para recaudar los fondos necesarios para terminar este proyecto. El éxito fue rotundo. Se recogió el dinero necesario para terminar el pabellón y amueblarlo. Cuando se estaba terminando su construcción, llegaron nuevamente las elecciones. Transcurrieron otros dos años y Francisco había descuidado su negocio, que por esta razón no andaba muy bien. Decidió entonces abandonar la presidencia, pero la junta directiva y la general, le pidieron que continuara un período más. Ante la presión de los socios y de los amigos, no tenía otra alternativa que continuar.

En febrero de 1945 se inauguró el pabellón Inocencia Blanco, dotado de muebles, camas, colchones, instrumental y todo lo necesario, completamente nuevo.



Francisco Sánchez, presidente de Honor del Centro Castellano. El banquete.

Entonces sí decidió dejar la presidencia, pero al saberse sus intenciones, convocaron a Junta Directiva y General. Ambas acordaron no aceptar su renuncia, darle una licencia de tiempo ilimitado y concederle el título de Presidente de Honor, que se entregaría en un gran banquete. Fueron tantos los asociados que quisieron asistir que fue necesario suspender la venta de cubiertos, porque no cabían en los grandes salones de la sociedad.

Así descansó de aquel primer período de cinco años, para poder reorganizar el negocio. Sus hijos varones Mariano y Ángel recién terminaban los estudios de medicina, y sus hijas estaban casadas, a excepción de la más pequeña, Josefa. La educación de todos sus hijos había terminado. Se encontraba bien física y mentalmente, con fuerzas para seguir luchando. Pero para dar el impulso inicial se necesitaba dinero.

El Sr. Gracilano Rey y el Dr. J. M. Vidaña, Presidente y Secretario de la Sociedad Castellana de Beneficencia respectivamente, sociedad esta a la que Francisco también prestaba cooperación, conocían sus intenciones de impulsar otra vez el negocio. Ellos pertenecían a la directiva del Centro Castellano. El Dr. Vidaña sabía que el ascenso era lento y que hacía falta más capital para acelerarlo. Al día siguiente le dijo que lo acompañara al Banco Comercial Panamericano, del cual él era secretario. El presidente era un señor de apellido Torricella. Vidaña los presentó y dijo: “Mira, Torricella, te presento a mi amigo Francisco Sánchez Tamame, te garantizo que es una persona muy seria y decente. Tengo interés en que le prestes la mayor ayuda posible”. Aquellas palabras fueron suficientes para que saliera del banco con una cuenta de diez mil pesos. A partir de aquel momento, la mueblería ascendió a velocidad vertiginosa.

Por otra parte, sus amigos de la Sociedad Castellana querían que retomara la presidencia. Francisco regresaba de España en el año 1956 con su esposa y su hija Gloria, y fue grande su sorpresa al llegar a Cuba y encontrar en el muelle a un gran número de asociados. La situación era comprometedora. Si aceptaba, se echaba a los hombros una enorme responsabilidad por varios años. Si no aceptaba, decepcionaba a tantos amigos y personas que en él confiaban. Tenía que escoger entre viajar todos los años a España con su familia, o presentarse otra vez a las elecciones y no defraudar a todas aquellas personas. Se decidió por lo segundo, pensando que no saldría electo. El candidato contrario era el Presidente General, que en aquellos momentos contaba con la fuerza que da el gobierno a cualquier institución; y además él llevaba diez años alejado de las luchas sociales.

Llegó el día 3 de diciembre, fecha señalada para celebrar las elecciones. Jamás se había visto cosa igual. Desde las primeras horas comenzaron a llegar las delegaciones de todos los pueblos de la provincia. Al cerrarse la votación a las seis de la tarde, había votado más del 80% de los votantes. Los salones

estaban llenos; la expectación era grande. En cuanto comenzó el escrutinio, se pudo notar que la mayoría de los asociados votaban por la candidatura de Francisco. Por cada papeleta que salía de la candidatura contraria, salían tres o cuatro de la suya. Aquel triunfo tan aplastante sólo se debía a que los asociados no habían olvidado todo lo que Francisco había hecho por la presidencia en años anteriores. La demostración de confianza de aquellas personas representaba para él un gran compromiso.

Al tomar posesión en enero de 1957, se encontró con que no se habían pagado los intereses de la deuda hipotecaria de la fabricación de la Quinta. Desde hacía años le habían prometido a los socios la fabricación de otro pabellón, pero esto no se había cumplido. Decidió realizar esa obra, pues era una necesidad social. Para poderla llevar adelante, Francisco trató de llevar a cabo una operación de quinientos mil pesos, con la cual se pagaría la deuda y se construiría el nuevo pabellón. Pero ningún Banco quería apoyar esa operación a largo plazo, por lo que había que pensar en otra cosa. Entonces a Francisco se le ocurrió que si se hicieran trescientos socios vitalicios que pagaran a quinientos trece pesos cada uno, la cuota de quince años, facilitaría lo necesario para terminar el pabellón.



Francisco hace uso de la palabra después de ser reelecto Presidente de la Sociedad Castellana.

Convocó a la Junta para exponer el plan. Abrió la lista de socios vitalicios, que estaba encabezada por él mismo y su esposa, sus hijos con sus esposas y esposos, y sus nietos. Eran veinte y seis en total. Su ejemplo inspiró y dio confianza a todos los presentes, que a su vez hicieron socios vitalicios a todos sus familiares, quedando suscritos aquel día más de ochenta mil pesos.

Fue así como pudo liquidar todas las deudas hipotecarias que, entre intereses y capital, pasaban de doscientos mil pesos. Todos los miembros de la sociedad trabajaron con gran entusiasmo; seguían surgiendo socios vitalicios. Los médicos y todos los demás empleados acordaron donar la mitad del sueldo de un mes; los primeros en hacerla fueron sus propios hijos. Actuaron de esta manera, hasta que en el año 1961, el gobierno dictó la nacionalización de la Sociedad, terminando así la labor de Francisco como Presidente de esta institución, a la cual dedicó todos sus esfuerzos económicos, mentales y físicos.

Francisco desempeñó incansablemente sus labores sociales durante setenta y cinco años, muchas veces en perjuicio de su propia economía. Su tarea

fue siempre ayudar a los hermanos castellanos y de otras regiones de España, y defender sus intereses. Actuó no sólo en la Sociedad Castellana, sino en muchas otras, por lo que le fueron concedidos los siguientes Títulos de Honor:

- Presidente de Honor del Centro Castellano.
- Presidente Magnífico de la Sociedad Castellana de Beneficencia.
- Socio de Honor de la Colonia Leonesa.
- Socio de Honor de la Colonia Zamorana.
- Socio de Honor de la Colonia Salmantina.
- Socio de Honor de la Colonia Palentina.
- Socio de Honor de la Benéfica Burgalesa.
- Socio de Honor del Club Villarino.
- Presidente de Honor de Sociedades Castellanas.



Entrega del título de Socio de Honor de la Colonia Salmantina (1970).



Con el cónsul y el embajador de España.

Por su labor benefactora, la Cruz Roja cubana le otorgó el *Diploma y la Medalla de Reconocimiento al Mérito de la Emigración*. El Gobierno Español, como recompensa a todos sus méritos, le nombró *Caballero de la Real Orden de Isabel La Católica*.



Título de Caballero de la Orden de Isabel la Católica.

Además, el Presidente del Gobierno Español, Excelentísimo Sr. D. Adolfo Suárez, le condecoró con el *Título y la Medalla de Honor de la Emigración*, colocándole personalmente la medalla en un viaje que realizó a La Habana. Francisco fue también uno de los siete Delegados que representaron a los españoles en la “Operación España”, en el año 1969.



Llegada del Presidente Español al Aeropuerto de La Habana. Está presente el Presidente Fidel Castro.



Carné de Caballero de la Orden de Isabel la Católica.



El Presidente Suárez coloca a Francisco la Medalla de Reconocimiento al Mérito de la Emigración.

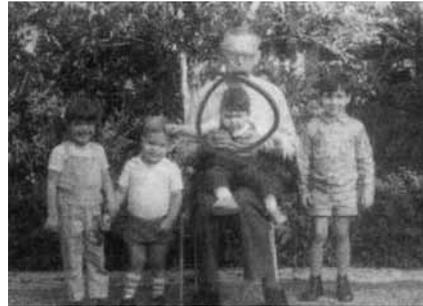
Durante los últimos años de su vida, Francisco vivió rodeado de su gran familia; y como el árbol se conoce por sus frutos, todos fueron hombres y mujeres de bien. Ellos, con sus hijos y nietos, se reunían en su casa en Navidad y el día de su cumpleaños. Aquellos que lo conocieron e incluso los que no pudieron hacerlo, lo quieren, admiran y respetan, aún después de su muerte.



Francisco en compañía de sus hijos y nietos.

Y así, lo que comenzó como una historia de amor imposible, se convirtió en la realización de muchos sueños para él y para muchos otros que en él confiaron. Francisco, como tantos otros emigrantes, hizo de Cuba su segunda patria, sin dejar de amar la tierra que lo vio nacer. Esta historia es una prueba de que el esfuerzo, unido a la buena voluntad y la honradez, hace que ningún deseo sea imposible de cumplir. Claro está, un poco de inteligencia y astucia son de mucha ayuda.

Por eso quiero dedicarle a mi bisabuelo Francisco Sánchez Tamame este recuento de su vida, como él dedicó a todos nosotros su propia historia.



Francisco con sus bisnetos. ¿Quién será esa niña sentada sobre sus piernas?